



Madrid Comico

Director: **SINESIO DELGADO**

ESCRITORES FESTIVOS

JUAN PÉREZ ZÚÑIGA



Tendrá gracia natural hasta la tumba inclusive, porque yo creo que escribe con disolución de sal.

Lit. E. Brabo, Desengaño 14 y Sandoval 2.

SUMARIO

TEXTO: De todo un poco, por Luis Taboada.—Otoño, por Eduardo de Palacio.—Un paso grave, por Sinesio Delgado.—Baturrillo, por Fray Cándil.—A Doña Fulana, por José Jackson Veyan.—Pelar la pava, por el doctor Fausto.—Chismes y cuentos.—Correspondencia particular.—Anuncios.

GRABADOS. Juan Pérez Zúñiga.—Libros usados.—Gitanería.



Decíamos ayer que no hay cosa más agradable que las excursiones veraniegas.

Un vecino de Madrid sale de su casa huyendo de la temperatura; dice adiós á la portera, abraza á los amigos, besa al sastre, y toma asiento en el vagón, donde va también una señora que viaja con un perro y un esposo y dos niños, todos ellos pringosos y aficionados á rascarse contra los viajeros.

La señora, que está fuera de cuenta, no hace más que abrir y cerrar la cesta de los comestibles, porque tiene antojos á cada rato. Cuando no come, dirige miradas amantes á la nariz de un comisionista catalán, que ocupa uno de los asientos del coche.

—Esa nariz de V. ¿es natural?—le pregunta por último, sin poderse contener.

—Sí señora; natural de Castellfullit—contesta él con escama.

—¡Uy! ¡Qué rica! ¡Parece de carne de membrillo!—replica ella.

—No se alarme V.—añade el esposo.—Mi señora, desde que está así, se fija en todo lo carnoso.

—¡Ay, qué estado este!—dice ella.—Siempre está una deseando comer cosas raras. Si fuera posible, ya le había pedido á V. la nariz para asarla.

El viaje no puede ser más distraído. Los niños se pelean tropezando con los pies de los viajeros y pisándoles todo lo que tienen fuera. El papá quiere poner paz, amenazando á los combatientes con una raja de sandía que esgrime en la mano derecha; pero la raja cae sobre la señora, y ésta, con la humedad, lanza una carcajada histérica y se derrumba sobre un saco de noche.

—¡Adiós!—grita el marido—¡Ya tenemos la convulsión! Hay que tirarle inmediatamente del dedo gordo.

El coche se convierte en nuevo campo de Agramante; ruedan las maletas, viértese el agua del botijo, despréndese de la rejilla una sombrerera de vaqueta, que va á chocar contra el comisionista, y los niños rompen á llorar como dos chotos.

El tren llega á Vigo. ¡Oh, júbilo!

¡Verse en la patria amada! ¡Aspirar el perfume de las flores y las brisas marinas! ¡Estrechar contra el pecho á los amigos de la infancia! ¡Saludar con la manita á la exjoven que amamos en la edad primera!

¡Cuántos obsequios, cuántas atenciones, cuántos cuidados!...

—Luisito; vas á venir con nosotros á pescar besugos. ¡Ya verás qué tarde pasamos!...

—Luisito; vas á comer una empanada de sardinas. ¡Cómo nos vamos á divertir!

—Luisito; vas á probar un vino blanco de mi cosecha. Quiero obsequiarte, porque te estimo.

Y en medio de estas manifestaciones de simpatía... ¡ssschssss!... ¡pum!

*
**

Ello fué que me he quedado tuerto, aunque me esté mal el decirlo.

El cohete estalló en el ojo derecho, que al principio se puso lo mismo que el de una merluza putrefacta; después

adquirió otro carácter menos antipático, y más que ojo parecía una almeja cocida. Hoy ya no es ojo ni es nada.

—¿Cómo tiene V. el ojo?—me preguntan por ahí; y yo contesto:

—¿El ojo? No sé nada de él; hace días. Lo he dejado en Vigo.

A Dios gracias conservo el otro, y á él tengo que confiar desde ahora todas las tareas de la profesión.

Bien que para lo que hay que ver en el mundo, basta y sobra con el que me ha quedado.

—¡Mucho ojo!—me decía algún inteligente de esos que se perecen por entristecer á la humanidad.—Si nota usted en el ojo sano algo así como una mosquita, será prueba de que peligran los dos.

Y, naturalmente, yo me pasaba el día haciendo pruebas y pensando en el insecto terrible.

Alguna vez he llegado á gritar asustado:

—¡La mosca! ¡He visto la mosca!

—También yo—me contestaba un amigo.

—¿Cómo?

—Ha pasado volando por delante de nosotros.

Ahora estoy más tranquilo, esperando que la ciencia del doctor Albitos, en colaboración con el Hacedor Supremo, me libre de nuevas desgracias. Después...

Después me harán á la medida un ojo que sea bonito, y saldré por ahí desafiando á todos los jóvenes guapos de la provincia, en clase de tuerto disimulado.

—¡Qué mirar tan dulce tiene ese caballero!—dirán algunas señoras cuando me vean el ojo.

Tiene sus contras y sus ventajas esto de quedarse tuerto. Como las cosas se ven á medias, hasta Berges, el tenor, resulta menos voluminoso; pero en cambio le dan á uno un duro, y le parecen diez reales.

Bueno será consignar que andan por ahí una porción de señoras y caballeros tan tuertos como yo, y sin embargo, poseen los dos ojos completos. Ha llegado el día de desenmascararlos á todos, porque no puedo consentir que se abuse de la credulidad pública.

A lo mejor tropieza uno con amigos de rostro agraciado y mirada serena, que nos dicen misteriosamente:

—¡Hombre! Ya está V. de vuelta. ¡Cuánto me alegro! ¿Y el ojo?

—¿El ex-ojo, querrá V. decir?

—¿Lo ha perdido V.?

—Sí señor; allá se ha quedado.

—No se apure V.

—¿No?

—Yo no veo nada con el izquierdo, y sin embargo, escribo, bailo, juego, tengo familia...

—¿Será posible?

—Y hay una porción de tuertos como yo, que pasan por personas enteras.

No cabe dudar: la mayor parte de la humanidad es tuerta, sólo que lo disimula; de suerte que ahora, por muy claros que tengan los ojos algunas personas, yo las veo con escama y se me ocurre preguntarles en secreto:

—Vamos, sea V. franco... ¿Es V. tuerto también? Desahóguese V. en el pecho de un correligionario.

Aparte de estos casos, que son abundantes, hay quien tiene dos ojos grandes como dos alcachofas, y no ve más allá de sus narices.

Oculus habem et non videmum

que dijo el latino.

Por todo lo cual me voy consolando poco á poco, y máxime si recuerdo que Camoens, Bretón y Domínguez (*Desperdicios*) han sido tuertos también, y no dejaron por eso de escribir muy buenas cosas y de recibir muy buenas reses.

En fin, que casi da gusto no tener más que un ojo; y ya conocen mis lectores el procedimiento: cuando vayan á comer de campo, que lleven unos coheteitos.

*
**

Ahora viene la parte seria, según costumbre en estos casos.

He recibido con tan triste ocasión pruebas de amistad

y afecto que no creí merecer nunca. Estoy agradecidísimo á todos mis compañeros y á las demás personas, ajenas al oficio, que se apresuraron á expresarme su sentimiento en cartas y telegramas.

A todos les envío la expresión sincera de mi gratitud, y les beso las manos profundamente reconocido.

Una cosa es la broma y otra el sentimiento de gratitud que vivirá eternamente en mi corazón...

Y ahora á escribir, que el casero apura.

LUIS TABOADA.

OTOÑO

Llenas de frescos aureos racimos
están las madres cepas queridas;
pronto el labriego va á vendimiarlas;
¡dulce tarea!

Ya están cargados los respectivos
árboles padres melocotones,
y los perales están cargados.
¡Eche usted peras!

Todo cargado del nuevo fruto
y el campesino también cargado
de ver cuán poco va á producirle
tanta cosecha.

Ya la arboleda pierde sus hojas
amarillentas como la muerte.
¡Cuántas como esas ¡ay! ilusiones
habréis perdido!

Frescas mañanas, noches fresquitas,
y días claros y casi ardientes;
crecen los ríos por mor del agua;
lluvias de otoño.

Yo en este tiempo voy con mi amada
y ella conmigo á la vendimia;
nuestra existencia es un idilio,
pero con gotas.

Ver las faenas de coger uvas,
luego pisarlas, luego embriagarse,
luego dormirse tranquilamente...
¡Qué mayor dicha!

En estos días es la matanza,
poema heroico en un gruñido;
¡cuán noble el cerdo de sus mayores
se ofrece al pueblo!

Así en otoño pasa la vida
sin inquietarse por los rigores
con que amenaza el crudo invierno.
(Siempre está crudo.)

Cortos los días, largas las noches,
para los novios son protectoras,
«porque en la noche—dijo el poeta—
todo es oscuro.»

Abren las puertas de sus salones
varias familias acomodadas;
y con los *theses* y los *bufeses*
hay quien se cría.

¡Noches de otoño, pasa el poeta
llenas de ensueños y de atractivos!
¡Noches de otoño, ¡cuántas tan puras
pasé durmiendo precisamente!

EDUARDO DE PALACIO.

UN PASO GRAVE

Señora... va usted á decir
que esto es un atrevimiento,
pero yo he de concluir
porque digo lo que siento.

Su niña de usted, un copo
de nieve en fondo de rosa,
piensa que soy un galopo,
un granuja, cualquier cosa,
y sospecha, de seguro,
que no ando yo en buenos pasos
ni es mi amor todo lo puro
que requieren estos casos.

Es inútil que yo intente
jurar que no soy un pillo,
ni echármelas de inocente
ni pasar por monaguillo.

Pero bien pudiera ser
que fuera cierto mi amor...
pues me precio de saber
lo que es virtud y es honor.

Ello es que la pobrecita
hace dos días ó tres,
cándidamente me invita
con muchísimo interés,

á que la hable á usted **en serio**
de mis sanas intenciones,
y ya no exista el misterio
para nuestras relaciones.

Total: que pida su mano
con solemne entonación,
y me meta en el pantano
(salva la comparación).

Como supongo á Luisilla
(y esto no lo digo en broma)
pura, inocente y sencilla
lo mismo que una paloma,

creo, y perdóneme usted
que el ruego que atiendo **ahora**
es cosa de usted... ¡No, eh?
Pues lo he creído, señora.

Y ya que la Providencia
me depara esta ocasión,
voy á enseñar la conciencia,
y el alma, y el corazón.

A mí la niña me agrada,
más que porque tiene coche,
porque no la encuentro nada
que merezca algún reproche.

Y si Dios me da salud,
que bien la he de menester,
he de premiar su virtud
haciéndola mi mujer.

Pero si usted tiene prisa,
no paso más adelante
porque no conozco á Luisa
todavía lo bastante.

Sé que tiene el atractivo
que la elegancia le da,
y que es muy hermosa... ¡vivo
retrato de su mamá!

Y sé que toca el piano,
y sabe mucho francés,
y un poco de castellano
que irá aprendiendo después...

Pero esto no es suficiente,
y al casarse un hombre honrado
encuentra muy conveniente
saber con quién se ha casado.

Todas, vistas desde fuera,
son chicas angelicales

que hacen feliz á cualquiera
de los míseros mortales.

Al balcón, en el teatro,
en la iglesia, en el paseo,
conozco yo más de cuatro
que me llenan el deseo.

Pero hace falta otra cosa:
Que esa buena cualidad
la tenga también la esposa
en la dulce intimidad.

Yo quiero saber de cierto
lo que piensa, lo que siente
la que ha de llevar á puerto
mi pasión incandescente.

Y ya usted comprenderá
que yo de Luisa no sé
más que lo que su mamá
me indica de buena fe.

Por lo cual es tontería
pedir su mano de pronto
y casarme cualquier día
sin ganas, de puro tonto...

Deme usted, pues, el permiso
para tratarla de cerca
durante el tiempo preciso
para ver si es dulce ó terca,

y cuando ese tiempo pase
y yo sepa la verdad...

¡hasta puede que me case
por una casualidad!

SINESIO DELGADO.

BATURRILLO

No hay tiempo, y á veces ni humor, para leer cuanto se publica. Y una de dos: ó hay que dedicarse única y exclusivamente á leer, á fin de enterarse de lo que pasa en el mundo—y aun así no se entera uno,—ó hay que leer lo que buenamente se pueda, escogiendo lo mejorcito y desechando lo malo. El que presume y ejerza de crítico á conciencia, no puede hacer eso: tiene que conocer lo excelente, lo mediano y lo pésimo para comparar y no dar palos de ciego.

El manosear de consuno libros malos, acaba por contaminar al crítico, como se pegan al loquero los arrebatos de cólera y hasta los gestos de los dementes á quienes custodia y vigila.

Echese V. al colete la prensa de América, la prensa de Madrid, en muchos de cuyos papeles raro es el día en que no leo: «Pasó desapercibido» y otras frases y giros transpirenáticos por el estilo, amén de un sin número de solecismos y de barbarismos vitandos; lea V. después la prensa francesa..... en fin, que no basta, ni con mucho, la vida de un hombre. Además, tiene usted que salir á la calle, charlar con los amigos, ir al teatro, escribir á su familia, sin contar con que, por encima de todo esto, tiene V. que trabajar para ganarse el *pan de cada día*. Y basta de *isagoge*.

*
* *

Tengo sobre mi mesa un montón de libros, comprados los unos y regalados los otros, sobre algunos de los cuales tengo comezón de decir algo, aunque sea muy á la ligera, no sólo porque los tales libros son acreedores á que se hable de ellos, sino porque son libros españoles, y, á la verdad, que ya estoy harto de hablar á los lectores del MADRID CÓMICO de literatura cubana. En España suele mirarse con desdén lo que se escribe en Cuba. Verdad es que en Cuba se escribe mucho malo, como he tenido ocasión de decir—y no sé si de probar—en algún número de este semanario. Yo deseo que en la Península se conozca lo bueno que tenemos por allá, no sea que digan mis paisanos que he venido á Madrid para desacreditarles.

Aquí no es todo oro lo que reluce. Aquí también abundan los literatos detestables y vanidosos de esos que, porque garrapatean en un periódico de más ó menos circulación, se figuran que han cogido á Dios por las barbas, y miran por encima del hombro á los que real y verdaderamente valen. Aquí también los hay que se pasan la vida en *amorosos* diálogos. (Que se dan jabón mutuamente, por si no me entienden.) A esos ya les llegará su hora, porque somos ó no somos españoles los que nacimos en América. Si lo somos, creo que tengo derecho para opinar de lo que se escribe en España, y decir pestes (en muy buenas formas, por supuesto) de los literatos que andan engañando al mundo con el oropel de sus gregüescos rotos, que decía Cervantes.

*
* *

D. Juan Valera ha coleccionado sus *Apuntes sobre el nuevo arte de escribir novelas*, que dedica á su amigo Alarcón. Yo no

LIBROS USADOS



—¡Quémese usted las cejas para hacer una *Memoria sobre el guano y sus propiedades*, y tener que vender la edición por papel viejo!



—¿Cuánto me darán por aquel montón de comedias en que he tomado parte, y que me han dedicado los autores? En quitándoles la dedicatoria adivina quién te dió; es decir, adivina quién te vendió...



—Todo se vuelve *Filosofía del Derecho*. ¡Qué más quisiera yo que estar derecho... sin filosofía!



—*Arte de cocina...*
¡Qué falta me está haciendo un arte de cocina... y una cocina!



—*Nana...* ya la he leído. *L'Asommoir...* ya lo he leído. *Cuentos droláticos...* ya los he leído. *El Baroncito de Foblás...* ¡hombre! eso no lo he leído. Démelo usted.



—¡Oh, Víctor Hugo! ¡Oh, *El Noventa y tres!* ¡Si tu viera á mano seis reales!



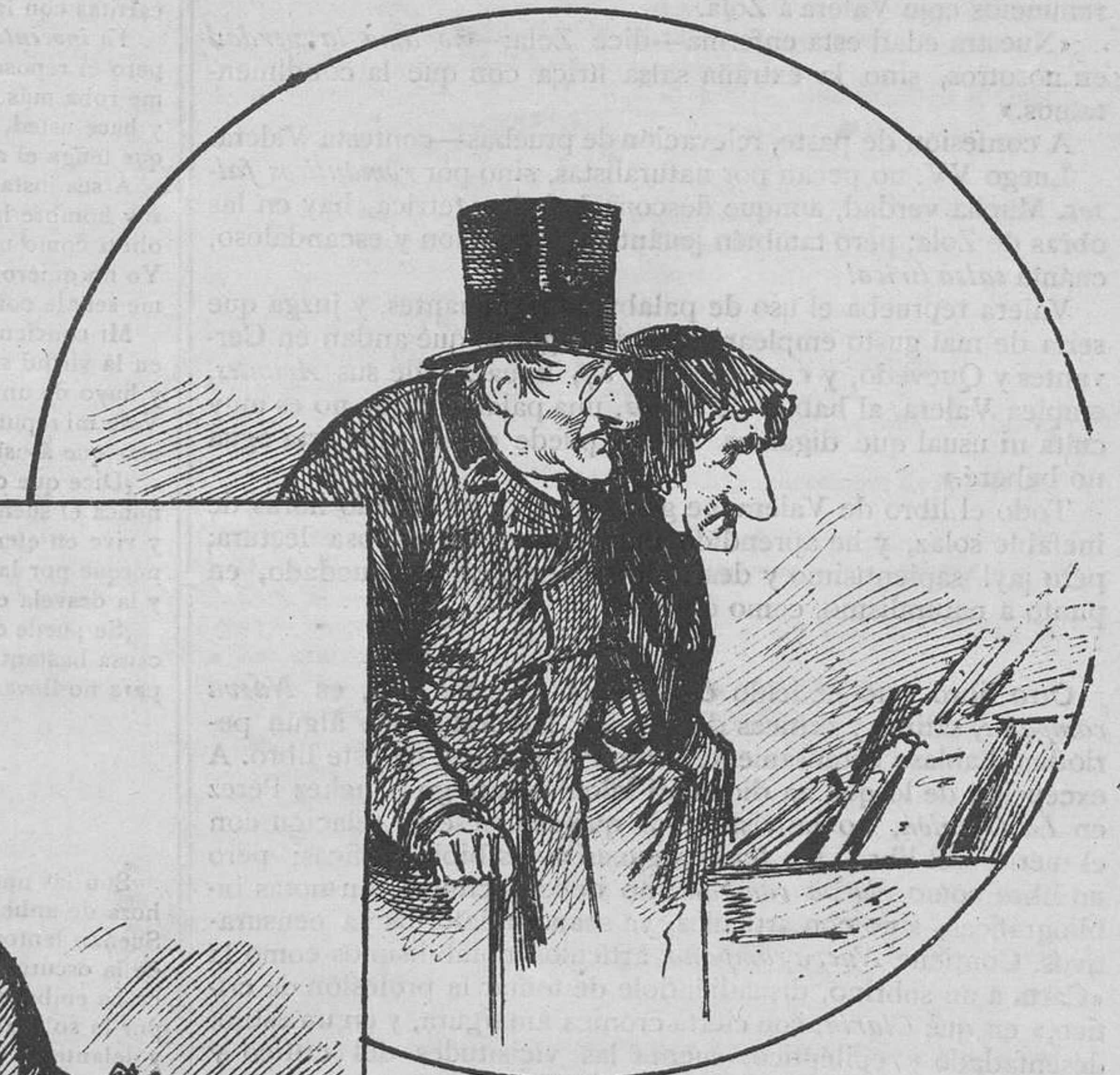
—¿Quiere usted algún tomo de la *Biblioteca Universal*?
—No señor, no; de la *Biblioteca Demmonde*. Lo más pornográfico posible.



Déme V. eso. *La Creación, ¡La mujer! y La Desesperación*, de Espronceda.



—No me vendrá mal un ejemplar de *La perfecta casada*, por si me sale una proporción la semana que viene.



—Mira, compremos eso.
—¿Cuál?
—*La Higiene del matrimonio*.
—¿Para qué?

Pilla

soy quién para ponderar los méritos literarios de Valera. Su fama de escritor ingenioso, correcto y erudito, y de estilista insigne, por el orbe vuela. En Valera, como decía Revilla, parece renovarse la raza de aquellos hombres del Renacimiento que con igual facilidad descifraban un palimpsesto y comentaban un códice, que derramaban á manos llenas el ingenio en amenísimos escritos.

No se puede formar cabal concepto de este donoso libro de Valera. El propio Valera confiesa que, «sin plan ni concierto, como quien va movido y guiado por la pasión,» ha escrito esos artículos, encaminados á refutar la doctrina naturalista con motivo de otro libro, *La Cuestión Palpitante*, de Emilia Pardo Bazán. Valera viene á decir casi lo mismo que la Sra. Pardo Bazán. Claro que Valera discurre por cuenta propia, y los argumentos que emplea son suyos, y la erudición que vierte, de primera mano. Pero ¿qué es lo que discute Valera? ¿Que el naturalismo huele, y no á rosas? ¿Que hay ciertos infortunios, como el de Crates, que «para ser infortunios totales tienen hasta el infortunio de no poder ser tomados en serio?» ¿Que él no va contra los escritores naturalistas, sino contra la fórmula naturalista? Pues algo de eso dice Emilia Pardo cuando protesta contra el determinismo que informa la novela *zolesca*.

Valera lo que quiere es saber á qué atenerse respecto del naturalismo en España. Quiere que no le den López Bago por Galdós, gato por liebre, es igual. Tengo para mí que en España, hasta el presente, el naturalismo, tal como le entiende y le predica Zola, no ha echado raíces. Creo más: que no hay un solo autor naturalista en la Península. Hay sí, autores *realistas*; pero el realismo no es el naturalismo, á lo que entiendo. En fin, reina tal confusión en la manera de interpretar el naturalismo en su sentido francés, que, á decir verdad, yo no sé en qué consiste el naturalismo. *Qui potest capere, capiat*. Todo lo que dice Valera á propósito del método experimental, se me antoja muy acertado y lógico.

El novelista no *experimenta*; observa, y, por modo imaginario y *memorativo*, recuerda lo que ha visto, y se pone en el caso del tipo que pinta. Para estudiar las voliciones y los pensamientos, no se ha inventado todavía un *speculum* á propósito. En esto me adhiero á la opinión de Valera, como á lo que dice del estilo. Creo que la cita del cuento del charlatán, el rústico y el cerdo, es un argumento, aunque chusco, de mucha fuerza. En buenos renuncios coje Valera á Zola.

«Nuestra edad está enferma—dice Zola;—no ama la verdad en nosotros, sino la extraña salsa lírica con que la condimentamos.»

A confesión de parte, relevación de pruebas—contesta Valera.

Luego VV. no pecan por naturalistas, sino por *románticos falsos*. Mucha verdad, aunque desconsoladora y tétrica, hay en las obras de Zola; pero también ¡cuánto color chillón y escandaloso, cuánta *salsa lírica*!

Valera reprueba el uso de palabras mal sonantes, y juzga que sería de mal gusto emplear en el día algunas que andan en Cervantes y Quevedo, y en la página 87, línea 24 de sus *Apuntes*, emplea Valera, al hablar de *Nana*, una palabreja que no es muy culta ni usual que digamos. Nadie puede decir: «De esta agua no beberé.»

Todo el libro de Valera me gusta mucho: he pasado horas de inefable solaz, y he aprendido mucho con su sabrosa lectura; pero ¡ay! sapientísimo y descreído Valera, me he quedado, en punto á naturalismo, como estabal

*
*
*

Otro libro que he leído de un tirón en estos días, es *Nueva campaña*, sátiras y críticas de *Clarín*. Esperaba que algún periódico hablase extensamente, como se merece, de este libro. A excepción de lo que ha dicho mi talentoso amigo Sánchez Pérez en *La Opinión*, no he visto nada que estuviese en relación con el mérito del libro. He leído algunas notas bibliográficas; pero un libro como *Nueva campaña* no debe recibirse con notas bibliográficas, sino con artículos, ya sean laudatorios ya censurativos. Contiene *Nueva campaña* artículos notabilísimos como la «Carta á un sobrino, disuadiéndole de tomar la profesión de crítico,» en que *Clarín*, con cierta crónica amargura, y en un estilo, desenfadado y epiléptico, cuenta las vicisitudes del crítico y vapulea con donosura, con la donosura que le es propia, á los escritores ingratos, á los engreídos y á los envidiosos. Es una elegía que ríe nerviosamente.

Los admiradores fueron de Menéndez Pelayo; pero admirado de su prosa. Perdóneme *Clarín* si difiero de su opinión al creer que Menéndez Pelayo, como Valera, no son poetas. Es un sabio y un sabio modestísimo (he tenido ocasión de tratarle); y escribe con un vigor y una gallardía sorprendentes, aparte de la profundidad con que discurre.

Tiene V. razón: en sus versos no hallase un solo disparate;

pero yo no siento, al leerlos, el escalofrío que produce la verdadera inspiración poética. Rima con arte, posee un oído muy delicado; pero eso que se escapa al análisis, eso que acelera el ritmo del corazón, que enardece ó abate..... eso no lo veo yo en los sonoros y varoniles versos del ilustre crítico.

Numa Roumestan y *Un drama de Rendón*, son otros dos trabajos en que Leopoldo Alas pone de manifiesto su saber profundo y sus excelentes dotes discursivas.

Corre por todo el libro un aire de desdeñosa burla que constipa y hace castañetear los dientes.

*
*
*

Apolo en Pafos se titula otro libro de *Clarín*, recientemente publicado.

No es un libro precisamente; es un folleto que no le hará maldita la gracia á Cafete, aunque á mí sí me la ha hecho, porque está escrito con originalidad, con mucha sal y con unos bríos que ni un potro jerezano.

Pero de este folleto, que recuerda, por su contextura mitológica y mundana á la vez, *La derrota de los Pedantes*, me ocuparé otro día, como también de un libro ingeniosísimo, audaz y raro que responde por *Literatura de Bonafoux*. Pero de este libro hablaré en otro periódico probablemente.

FRAY CANDIL.

Á DOÑA FULANA

Señora doña Fulana;
sofoque ese amor tirano
porque no me da la gana
que me zurre la badana
su marido don Mengano.

Yo en las armas no estoy ducho,
y con maridos no lucho,
pues tengo la convicción
de que llevan la razón,
y la razón pesa mucho.

Es inútil que obstinada
en mí fije su mirada;
conque no venga detrás
y no me mande usted más
cartitas con la criada.

Yo inocente en paz vivía,
pero ei reposo tranquilo
me roba más cada día,
y hace usted, señora mía,
que tenga el alma en un hilo.

A sus instancias no cedo;
soy hombre honrado, y no puedo
obrar como un delincuente.
Yo no quiero que la gente
me señale con el dedo.

Mi conciencia limpia y pura
en la virtud se asegura,
y huyo de una tentación.
Vale mi reputación
más que á usted se le figura.

¿Dice que con su marido
nunca el sueño ha conseguido
y vive en eterna bronca
porque por las noches ronca
y la desvela el ronquido?

¿Se puede considerar
causa bastante el *soplar*
para no llevarse bien?

Si el pobre nació en Jaén,
señora, ¿no ha de roncar?

¿Dice usted que es guapo chico,
que es inmensamente rico,
y no la niega un deseo?
Pues su gusto no me explíco
porque yo soy pobre y feo.

¿Mi figura chavacana
le parece á usted galana
y me llama *dulce edén*...

¡Señora doña Fulana!
¿Usted me ha mirado bien?

Atrevida me indicó
la fuga con maña y arte
á Lima ó Fernando Poó;
pero con señoras yo
no voy á ninguna parte.

Del deber sigo la huella.
Mi esposa es joven y bella
y no quiero buscar bronca.
Mi pobre mujer no ronca
y duermo muy bien con ella.

No ponga en lenguas mi honor
ni se acuerde más de mí,
hágame usted el favor,
pues como no lo haga así
doy parte al Gobernador.

Desista de sus amores
criminales y traidores
que yo nunca he de aceptar,
y no me vuelva á mandar
dulces ni ramos de flores.

Deje su pasión liviana.
Mate usted su amor tirano
de la noche á la mañana.
¡Siquiera por don Mengano
señora doña Fulana!

JOSÉ JACKSON VEYAN.

¡PELAR LA PAVA!...

Son las nueve de la noche;
hora de anhelada cita.
Suenan lentos los relojes
de la oscura y vieja villa;
cruza embozado un mancebo
por la solitaria esquina,
y delante de una casa,
en cuyas ventanas brillan
vagos fulgores de luz,
párase y fija la vista.
Rápida una blanca mano
entreabre las celosías;
en el fondo de la reja
una mujer se divisa;
óyese una tos más leve
que un suspiro, y se aproxima
con paso lento el galán
junto á la ventana misma.

Apoya todo su cuerpo
contra las rejas; la fría
sensación del hierro templó
el ardor con que se agita
su pecho, dando á su frente
un beso helado. La niña
tiende la mano que estrecha
él, con pasión y delicia.
Empiezan á hablar muy quedo,
callando si se aproxima
por la calle un importuno,
y diciéndose estas mismas
ó parecidas palabras,
que sólo el Amor inspira,
pícaro dios que es burlón
y siempre iguales las dicta.
—¿Te has acordado de mí?
—¡Muchísimo!—¡Vida mía!...

—¿Cómo olvidarte si eres mi amada sombra y caminas siempre delante de mí? ¿Y tú? —Te llevo en mí misma. —¡Cielo!—¡Encanto!—¡Corazón! —¡Mi consuelo!—¡Mi alegría! —¡Cuando te vas me parece que me muero.—Si no estriba mi porvenir más que en tí! —Si tú eres mi *sangrecita!*.. —Mi alma la tienes guardada... ¡No la pierdas!—¡Niña mía! Jesús y qué cosas dices... —¿Me engañarás?—En la vida. —Jura que me has de querer siempre.—Lo juro.—Algún día es posible que me olvides... —¡Yo olvidarte, nunca! Encima de tu cariño no hay nada... —Tú eres tan sólo mi dicha. —Es muy tarde.—No es posible. —Dan las once.—Yo querría estar siempre en este sitio. —Pues y yo... ¡Virgen santísima! —Adiós, no me echen de menos.. —¡Por vida con la familia! —¿Cuando nos vemos?—Mañana

por la reja de la esquina del corralón.—Que no faltes. —¡Yo faltar... No faltaría otra cosa! ¡Adiós, encanto! —Adiós, cielo.—Adiós, monina! —¡Lucero!—¡Mi bien querido! —Dame la mano.—¡Y la vida!

—*Sepáranse los amantes; la niña al fin se retira; al par que se abren los celos, se cierran las celosías de la ventana del templo donde la pasión anida, y el galán se va pensando en que al despuntar el día volverá á pelar la pava, como la peló la vispera, diciendo frases idénticas é idénticas tonterías.*

—*¡Hay quien no adelanta un paso durante toda su vida!*... Y yo que no entiendo nada de lo que eso significa, me digo, haciéndome cruces: —*¡Paciencia se necesita!*

EL DOCTOR FAUSTO.



Señor alcalde mayor: ¡que sigue sin arreglar la calle Peninsular, y que va á llover, señor!

De un periódico noticiero: «El 20 es el día destinado á la boda del Sr. Cánovas.» Que es como decir: «El día 20 ha sido creado por el Hacedor con el exclusivo objeto de que se case el Sr. Cánovas y nada más. Para los demás efectos de la vida, el día 20 no existe.»

En las Salesas: —¿Qué es lo que le ha obligado á V. á robar las dos libras de velas de sebo? —El hambre, excelentísimo señor.

Al ver á las cigarreras en actitud levantisca, dijo uno:—¡Si soy Gobierno, las vuelo con dinamita! y otro añadió por lo bajo: —Pues yo, me las fumaría.

Muchos señores suscriptores nos han pedido repetidas veces ejemplares de *La gran vía*, que les hemos servido tarde y con daño por no tener ejemplares en casa. Y... hemos puesto el caso en conocimiento de Felipe Pérez, que nos los ha remitido para lo que se ofrezca... Conque ya lo saben VV. A vuelta de correo, y previo el envío de una peseta en sellos... Etcétera, etc.

—Está usted hecho un carcamal, mi querido don Severo. —Sí señor; estoy tan mal que me aburro y desespero. —¡Pues es una insensatez, porque se puede curar tomando... mucho Jerez de la marca *Ruiz Pomar!*

Cantares, por Anselmo Guerra. El género es difícil; pero el Sr. Guerra lo cultiva, á juzgar por la muestra, con muy buen éxito.

Señores de Saldoar se titula una novela en dos tomos que acaba de dar á luz la fecunda pluma de D. M. Martínez Barrio-nuevo. A nuestro juicio, el Sr. Barrio-nuevo ha dado un paso más, único que le faltaba para colocarse en primera fila. Tipos bien caracterizados, interés creciente, descripciones preciosas, y un estilo original, castizo y elegante, se revelan en esta novela, sin disputa la mejor de su autor.

Se la recomiendo á VV. con toda sinceridad.

Catorce meses en Ceuta. Narraciones de D. Juan J. Rebo-sillas. Toda la prensa se ocupó con aplauso de esta obra, importantísima por muchos conceptos y que debe llamar la atención de los hombres de Gobierno, quienes deben, sin pérdida de momento, remediar los gravísimos defectos de nuestro sistema penitenciario, señalados con valentía por el distinguido escritor malagueño que es uno de los primeros humoristas de España. ¡Lástima que sus trabajos periodísticos le impidan colaborar, aunque fuera de tarde en tarde, en las columnas de este periódico que honró en su primera época con artículos deliciosos!

Almanaque de El Motín para 1888. Nuestro colega ha publicado un libro de batalla, que se compone de multitud de artículos y poesías, ilustradas con dibujos de *Demócrito*.

Se agotará pronto la edición.



—¿Central? —Presente. —Sí algún abonado pide el 1.589, diga usted que está incomunicado. —¡Cómo! ¿No suena el timbre? —Sí señora; pero el dueño de la casa está incomunicado... por parricidio.



CORRESPONDENCIA PARTICULAR

Sr. D. E. de B.—Granada.—Recibidas ambas. Tienen el defecto de parecerse á todas las de V... Hay mucha uniformidad de asuntos. La suscripción vence en fin de Marzo del 89 y ¡sobran dos pesetas! *Paquita.*—Es vulgar todo; el asunto y el estilo. *Ludovicus.*—No tienen ritmo ni cadencia; es decir, que no carga el acento donde debe, los versos siguientes:
Cantarte quisiera con dulce acento
Dolores... mas ¡ahl que naturaleza.
Para la expresión de mi sentimiento.
Ni del musulmán el entendimiento
concibió hurí de más gentileza.
Sola querida de mi pensamiento..

Y así sucesivamente. No es cosa de copiar todo el soneto.

Sr. D. M. C. H.—Es flojito y fuera de la indole del periódico.

Sr. D. M. G. A.—Madrid.—El asunto está muy usado. *El que asó la manteca.*—Esa no está á la altura de las que V. hace, amigo D. R. R.

Sr. D. D. V.—Salamanca.—No señor, no hay colecciones de la primera época. ¡Ojalá las hubiera!

Cesto.—Eso es lo que yo le iba á llamar á V. Precisamente.

Sr. D. M. G.—Madrid.—¡Demontre! Eso no tiene piés ni cabeza.

Sr. D. S. E.—Irún.—Fin Diciembre del 87.

Legua.—Pues he recibido otra en papel rojo. De esos que dañan la vista. Los cantares tienen poco *chic*.

Sr. D. S. A.—Irún.—Si hay, gratis para los suscriptores.

Lor.—Tiene gracia el palo. Pero como la muestra, son impublicables...

Crispo.—Oiga usted, pedacito de camueso, la poesía es todo, menos eso.

R. Utrera. (No me atrevo á escribir todo el pseudónimo por el *calem-bourg*). Tiene V. razón. Se me escapó eso. ¡No lo volveré á hacer!

D. Ignorante.—Contiúe V. si quiere, pero eso no va á ninguna parte.

Sr. D. P. P. M.—Usted lo hace muy bien; ¡pero ese es demasiado realismo!

Sr. D. J. B.—Algo se le ha pegado á V. á fuerza de vender periódicos; pero... se le han pegado las aleluyas

Vino-do.—¡Ya hace años que tiene V. hecho ese soneto! ¿verdad?

APOLO EN PAFOS

LEOPOLDO ALAS (Clarín)

Acaba de publicarse este tomito, tercero de la serie FOLLETOS LITERARIOS. Precio: UNA PESETA.

Los pedidos á la librería de Fe, Carrera de San Jerónimo, 2.

MADRID—1887. Tipografía de MANUEL G. HERNÁNDEZ, impresor de la Real Casa Libertad, 16 duplicado, bajo.—Teléfono 934

GITANERÍAS



—¿Que yo no bebo? ¡Miste, er domingo pesqué yo una tajá que me duró cuarenta y ocho horas!...

—¿Y ezo qué? Yo me la mangué er día é la primera comunión, y no ze má quitao entoavía... ¿zabes por qué? Poique he tenío cuidiao de emparmarla...

ANUNCIOS

MADRID CÓMICO

PERIÓDICO SEMANAL, LITERARIO, FESTIVO, ILUSTRADO

Se publica los domingos y contiene

ARTÍCULOS Y POESÍAS DE NUESTROS PRINCIPALES LITERATOS
Y VIÑETAS Y CARICATURAS DE LOS MEJORES DIBUJANTES

PRECIOS DE SUSCRICIÓN

Madrid.—Trimestre, 2,50 pesetas; semestre, 4,50; año, 8.

Provincias.—Semestre, 4,50 pesetas; año, 8.

Extranjero y Ultramar.—Año, 15 pesetas.

PRECIOS DE VENTA

Un número, 15 céntimos.—Idem atrasado, 50.

A corresponsales y vendedores, 10 céntimos número.

Las suscripciones empiezan el 1.º de cada mes, y no se sirven si al pedido no se acompaña su importe.

En provincias no se admiten por menos de seis meses.

Los señores suscritores de fuera de Madrid pueden hacer sus pagos en libranzas del Giro Mutuo, letras de fácil cobro ó sellos de franqueo, con exclusión de los timbres móviles.

A los señores corresponsales se les envían las liquidaciones á fin de mes, y se suspende el paquete á los que no hayan satisfecho el importe de su cuenta el día 8 del mes siguiente.

Toda la correspondencia al Administrador.

REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN: Peninsular, 4, primero izquierda.

Teléfono núm. 620

DESPACHO: TODOS LOS DÍAS, DE DIEZ Á CUATRO

COMPañIA COLONIAL
PROVEEDORA EFECTIVA DE LA REAL CASA
CHOCOLATES
ACREDITADOS CAFÉS

28 RECOMPENSAS INDUSTRIALES

Y PARA SU DIRECTOR

LA CRUZ DE LA LEGIÓN DE HONOR
en la Exposición Universal de París de 1878

TES.—TAPIOCA.—SAGU

BOMBONES FINOS DE PARÍS

Depósito general.... Calle Mayor, 18 y 20

Surcursal..... Montera, 8.

Y EN TODAS LAS TIENDAS DE COMESTIBLES DE ESPAÑA

ESPAÑA CÓMICA

(APUNTES DE VIAJE)

De las crónicas ilustradas que con este título se publican en el periódico, se hace una tirada aparte en cartulina superior, con el objeto de formar un álbum elegante que constará de cincuenta hojas, una para cada provincia, y una de cubierta, conteniendo la portada y el prólogo.

Cuando se concluya el álbum, se venderá á los precios siguientes:

Sin encuadernar.....	20 pesetas
Encuadernado en tela.....	25
Cartulinas sueltas (cada una)....	0.50

Para mayor comodidad del público y nuestra, los pedidos de cartulinas se servirán, tanto en Madrid como en provincias, de diez en diez hojas, á medida que se vayan publicando.

A librereros y corresponsales se hace el descuento del 30 por 100, es decir, que les costará cada cartulina 35 céntimos.